

REUNIONES CIENTÍFICAS DE LOS VIERNES

Presentación de la conferencia: “La capacidad de representar del hombre”

Autor: Dr. Gustavo Chiozza

Viernes 29 de septiembre de 2023

Entre las muchas definiciones que dio Freud del psicoanálisis, de la tarea del psicoanalista, una de las menos técnicas y de las más expresadas en el lenguaje de la vida -que nosotros llamamos “metahistoria”- es que la tarea del psicoanalista es transformar el sufrimiento neurótico en el normal infortunio de la vida. Es una distinción bastante clara: hay un sufrimiento que proviene de cosas que imaginamos y otro, distinto, que proviene de la realidad. El primero puede ser objeto del tratamiento psicoanalítico y el segundo, no. No es lo mismo, por ejemplo, sufrir por no sentirse querido, que sufrir por no tener qué comer. Pero si hacemos una mirada un poco más atenta, las cosas se empiezan a complicar un poco. Por ejemplo, el sufrimiento por la muerte de un ser querido, ¿es sólo un infortunio de la vida? ¿No participan en ese sufrimiento, por ejemplo, sentimientos de culpa, remordimientos, un carácter melancólico? ¿Ese sufrimiento es entonces solamente real, o es real y también es neurótico? Por ejemplo, cuando un sujeto tiene un cáncer de estómago ¿esto pertenece a la vida que le tocó vivir o a la vida que supo hacer?

A medida que fuimos comprendiendo más, vimos que lo que imaginamos, las fantasías, los deseos, los sentimientos, participan en mucho más que en los síntomas de la histeria o de la fobia, incluso participan en nuestro modo de vivir la realidad. Así, el normal infortunio de la vida cada vez se nos fue achicando más y se nos fueron agrandando más las situaciones que calificábamos como sufrimiento neurótico. El concepto de neurosis se nos fue haciendo cada vez más amplio y también más vago. En la conferencia anterior hablaba de la necesidad de volver a delimitar ese concepto, el concepto de neurosis. Señalaba que, para mí, lo central es una inmadurez afectiva, una falta de desarrollo emocional que nos lleva a la perduración de vínculos en los que, a partir del sentimiento de desvalimiento, experimentamos una dependencia conflictiva. No voy a resumir todo lo que planteé, pero la idea es quedarnos con esto, esta vivencia de desvalimiento que nos lleva a sentir que nuestro sufrimiento tiene que ver con *alguien* que no hace lo que tendría que hacer o hace lo que no tendría que hacer, y nosotros nos sentimos impotentes frente a eso. En una conferencia anterior a esa, al ocuparme de la sexualidad humana, me interrogaba acerca del carácter exagerado de la misma, el hecho de que para el hombre su sexualidad tenga *tanta* importancia, algo que en ese momento llamé “el sexualismo”. Y vinculaba este aspecto con la idea de Freud de la acometida en dos tiempos de la sexualidad. Para Freud hay una primera acometida que sucede cuando el niño tiene cinco años, pero que todavía es inmaduro, entonces la sexualidad no se sostiene, se reprime, y la sexualidad parece desaparecer, enfriarse, y esa energía, para Freud, se utilizaba en el desarrollo cultural. Es decir que en ese período de latencia -entre la primera acometida, a los cinco años, y después la que sería la definitiva, en la pubertad- el niño ingresa a la cultura, el niño empieza a ir al colegio... bueno, la cultura. En un trabajo poco conocido de Freud que a mí me gusta mucho citar

-digo poco conocido porque, como se descubrió tardíamente, no está en las obras completas-, Freud se propuso una idea muy interesante, a partir de una idea que tenía mucho consenso en la época de Freud, que es que la ontogenia repite la filogenia. ¿Esto qué quiere decir? Que, en el desarrollo de una persona, de alguna manera, está repetido el desarrollo de toda la especie. No me voy a detener mucho en esta idea, pero lo que Freud buscaba era si podía encontrar puntos de fijación filogenéticos para las neurosis. Y en ese trabajo vinculaba el período de latencia a la época de las glaciaciones geológicas que forzaron a muchos cambios en la especie humana, en el antropoide u hombre primitivo. El hombre perdió su hábitat natural que le daba cobijo, protección y alimento, y tuvo que realizar grandes migraciones, empezar a *cazar* su alimento, comer carne, cooperar con los que antes habían sido sus rivales, adquirió la postura erecta, la sexualidad se independizó del período de celo, aparece el coito frontal y la idea de la paternidad. Todos cambios culturales. Es decir que, frente al infortunio de las glaciaciones, el hombre primitivo tuvo que adaptarse y cambiar. Y ese cambio lo transformó en el hombre que es hoy, es decir, en un ser humano.

De todos estos cambios, quiero centrarme en uno. Al adquirir la postura erecta, el hombre se alejó del olfato y empezó a privilegiar la vista y el oído, es decir, cambió su manera de percibir la realidad. Si nos imaginamos que las condiciones naturales hasta ese entonces eran vivir en un bosque, en una selva, donde no se puede ver mucho la distancia, donde hay una abundancia muy grande de sonidos, el sentido privilegiado era el olfato. Y, al pasar, con esto de las glaciaciones, a estepas desiertas, donde se podía ver a distancia y oír también y, de alguna manera, la postura erecta lo aleja del suelo, el hombre perdió contacto con el olfato, que es un sentido muy importante para el resto de los animales. Esta cuestión no es menor. Por ejemplo, Ortega y Gasset tiene un trabajo muy lindo, donde habla del ser nacional argentino y lo vincula con las llanuras pampeanas. El hecho de que en la pampa no haya obstáculos a la vista, uno tiene la sensación -dice Ortega y Gasset con mucha lucidez- de que, si uno se lo propone, puede llegar hasta el horizonte, es decir que todo es alcanzable. Y de ahí deduce el carácter idealista de los argentinos. Obviamente, un pequeño pueblo de montaña, donde es muy difícil desplazarse de un lado a otro y la vista no va muy lejos porque hay siempre alguna pared enfrente, o, por ejemplo, el carácter de los isleños que, por más que vean el horizonte en el mar, no pueden llegar caminando, genera características distintas. Obviamente, el hombre no es el único animal que tiene vista y oído, pero podríamos pensar que el hecho de que se haya visto obligado a hacer este cambio puede haber dejado en él consecuencias importantes. El sentido más primitivo es el tacto y el tacto consiste sencillamente en una refinación del con-tacto. Es decir, podemos imaginar que las células se perciben unas junto a las otras en ese contacto, y el tacto es una refinación de esta cuestión. El tacto que tenemos, por ejemplo, en las yemas es mucho más refinado que el que tenemos en la espalda. Así que podemos imaginar que es el sentido más primitivo y que todos, de alguna manera, derivan de ahí. El gusto, por ejemplo, lo mismo que el olfato, es un tipo de contacto donde se percibe el contacto, pero también se percibe el contacto químico, no solamente el físico. Entonces podemos percibir la textura de un alimento, pero también el sabor. El olfato es un poco más refinado, porque el olfato, de alguna manera, percibe pequeñas

partes que se desprenden del objeto y que quedan, por ejemplo, en el suelo o que las puede traer el aire. Y el hecho de que se perciba una parte del objeto ya nos permite hablar de una cierta capacidad simbólica, entendiendo por símbolo que una parte represente a todo. La vista y el oído implican un refinamiento aún mayor. Estos sentidos requieren un contacto físico prácticamente nulo, se perciben las ondas que el objeto provoca, al reflejar la luz o al sacudir el aire, y entonces podemos pensar que en estos sentidos hay todavía una capacidad simbólica mucho mayor. En el año '99, estudiando las aferencias de la consciencia, sostenía que, cuando entramos en contacto con algo material, nuestra consciencia tiene dos registros de este objeto. Uno, que es el más primario, que es lo que sentimos frente a ese contacto, y el otro, que se genera a partir de esa sensación -a partir del primero-, que es lo que percibimos. Y entonces sostenía que sensación y percepción, en esta forma básica de la consciencia, se dan unidas. Esto, por ejemplo, lo podemos representar en que, si yo me siento en una silla y me pincho, lo primero es la sensación de dolor o la sensación de pinchazo y, a partir de esa misma sensación de pinchazo, yo puedo concebir al objeto como un alfiler. O, por ejemplo, si me trago un carozo y siento una sensación en el esófago, a partir de esa sensación, puedo construir la presencia de un objeto. En los sentidos distales lo que ocurre -lo que sostenía en aquella ocasión, que es muy interesante- es que sensación y percepción se separan. La percepción se anticipa mucho a la sensación, y esto obviamente es una ventaja, porque es mucho mejor descubrir la presencia de un tigre antes de que me muerda; si tengo que esperar a percibir el tigre con la sensación, ya me mordió. Y la vista y el oído, en este sentido, son muchísimo mejores que el olfato, que depende de ciertas condiciones, como la fuerza y la dirección del viento -como sabe todo cazador-. Obviamente, cuanto antes sepamos lo que puede o no venir, más tiempo tendremos para prepararnos. Podemos decir que, gracias a este privilegio de la vista y el oído, al hombre primitivo se le amplió el futuro. ¿Se entiende esto del futuro? Es decir, en la medida en que puede ver las cosas que vienen antes, es como si al futuro lo empezara a considerar más lejos, sobre esto vamos a hablar bastante. Pero digamos que también, para poder prepararse para lo que vendrá, es necesario que esas representaciones que surjan de la percepción se mantengan en la consciencia por más tiempo, sostenerlas todo el tiempo que tarde en llegar ese objeto. Entonces también es necesario un archivo de representaciones que sea accesible y poder combinar esas representaciones de distintas maneras para imaginar distintos escenarios posibles. Así llegamos a identificar otro rasgo distintivo del ser humano, en el que parece ser superior a los otros animales, que es su inmensa capacidad de representar. Gracias a esta notable capacidad, el ser humano puede pensar, puede imaginar, puede fantasear y puede desear mucho más lejos. Es interesante, esto también con el valor de una hipótesis, que muchos suponen que, para esto, el cerebro del hombre primitivo tuvo que desarrollarse, desarrollarse y crecer en tamaño. Y que, al crecer en tamaño, también tuvo que crecer la cabeza. Y que, al crecer la cabeza, se dificultó el pasaje por el canal del parto. Al parecer la solución a este problema podría haber sido que el feto humano naciera antes de tiempo, naciera inacabado, naciera más inmaduro. El lado bueno de este nacimiento más inmaduro es que entonces se puede adaptar *in situ*, es decir, en las condiciones en las que nace. Pero el lado malo es que el recién nacido es el cachorro más débil de todos. Mientras que un

mono, por ejemplo, además de berrear o llorar y mamar, también puede agarrarse a la madre y entonces le libera los brazos para trepar, el bebé humano, el recién nacido humano es prácticamente inútil, salvo llorar y succionar... bueno, y otras funciones, tiene muy escasa capacidad, es decir que su debilidad es mucho mayor. Y esto determina también un desvalimiento, un período de desvalimiento, mucho más prolongado que en otras especies, obviamente proporcional. Y, justamente, este desvalimiento infantil prolongado, sumado a la capacidad de recordarlo, es el factor cardinal que considero determinante en la neurosis. Noten que iniciamos esta conferencia diciendo que, a diferencia del infortunio de la vida, el sufrimiento del neurótico depende de deseos y fantasías y de cosas que sólo existen en su imaginación. Entonces, al tener más imaginación, también hay más ocasión de sufrimiento neurótico. De esta capacidad para representar derivan nuestras capacidades cognitivas de memoria, aprendizaje y comunicación. Constituyen el rasgo distintivo del ser humano que lo diferencia de otros animales y del hombre primitivo que fue. Para Harari, una prueba indiscutible de estas capacidades cognitivas nuevas del ser humano es una figurita que se encontró, que data de unos 32.000 años atrás -32.000 años atrás, ¿no?-, se la encontró en una cueva y está tallada en un colmillo de mamut. Y esta figurita representa una escultura que tiene un cuerpo humano, pero con una cabeza de león. Fijense que esto representa combinar dos percepciones -la percepción de la cabeza del león y la percepción del cuerpo humano- y crear una cosa que no existe, salvo en la imaginación del hombre. Mezcla de arte, mezcla de religión, esto, para Harari, es una aparición completamente nueva, no tenemos noticia de que los animales hagan estas cosas. Independientemente de si otras estrategias evolutivas de adaptación hubieran dado iguales o mejores resultados, no cabe duda de que esta dio el resultado esperado, ya que el hombre primitivo, transformado en ser humano actual, logró sobrevivir. La religión, el arte, la ciencia, la tecnología, la capacidad de aprender de las experiencias propias y de las experiencias ajenas, todo esto depende de manera directa de esta capacidad híper-desarrollada para representar.

Pero hay que decir que no todo son ventajas. Esta capacidad de ver y oír más lejos nos hace más conscientes de lo que vendrá, es decir, del futuro. Temer el futuro o anhelarlo nos hace comenzar a vivir en el futuro, es decir, en algo que sólo existe como posibilidad. Y nosotros a las posibilidades les damos mucha importancia, por ejemplo, cuando nos dicen que tenemos un 40% de probabilidades de tener un cáncer. Para nosotros las probabilidades son cosas muy importantes, son como cosas que tenemos y que podemos darlas por propias, por ejemplo. También ser capaces de recordar más lejos nos hace más conscientes de lo que fue, es decir, del pasado. Y temer que el pasado se repita o añorar con nostalgia ese pasado, nos hace comenzar a vivir en el pasado, es decir, en la imposibilidad. Hay un dato muy interesante que escuché hace poco, que sujetos que tienen un daño cerebral en las estructuras del cerebro que están vinculadas a la memoria, y que entonces con estas estructuras dañadas pueden recordar, y entonces no recuerdan su pasado, no recuerdan lo que hicieron ayer, un dato muy interesante es que no solamente pierden el pasado, también pierden el futuro. Como si, al no poder tener este pasado, ya no pudieran tampoco imaginar un futuro. Y entonces le preguntan “¿qué vas a hacer mañana?”, “no sé, supongo que algo útil” -pero no tienen

una idea- “no pienso mucho en el mañana”. De manera que el ser humano, a partir de esta capacidad, tiene una consciencia del tiempo, extendida, que los animales parecen no tener en semejante medida. Contrariamente, al ser humano le cuesta mucho más vivir en el presente. Por ejemplo, dijimos que la ontogenia repite la filogenia, esto también se desarrolla en los bebés, también los bebés tardan más en poder ordenar las percepciones visuales y auditivas. Y una cosa que, por ejemplo, notamos en los niños muy pequeños es la facilidad con la que cambian sus estados de ánimo. Cuando quieren algo, lo quieren ya, y si no lo tienen, lloran desconsolados. Y, en cuanto obtienen eso que quieren, son completamente felices y no hay ni una sola nube, en su cielo azul, de la tormenta que acaba de pasar hace dos minutos. Cuando los chicos son más grandes, esto ya empieza a dificultarse; más grandes y también más neuróticos. Y a nosotros nos cuesta mucho tener estos cambios emocionales. Es decir, si estábamos en un estado de mucho sufrimiento y tenemos una alegría, todavía quedamos contagiados de ese estado de ánimo. Es decir, nos cuesta mucho más estar en el presente. Nuestra vida se compone de lo que fue y de lo que vendrá. Y nuestro pasado es muy largo y nuestro futuro lo imaginamos muy lejos, y así vivimos más en el futuro y en el pasado que en el presente. Y esto, creo yo, depende de esta capacidad de representar. Entonces, atrapada entre la nostalgia y el anhelo, la mente del ser humano se puebla de posibilidades y de imposibilidades. Y justamente genera ese sufrimiento neurótico que nos aleja del infortunio normal de la vida.

Mark Rowlands, autor del libro *El filósofo y el lobo*, tiene una metáfora que es muy interesante. Dice que la vida es hacia adelante, hacia el futuro, la vida es como la flecha lanzada al futuro. Pero él dice que las flechas del hombre son flechas encendidas y que estas flechas encendidas, cuando se dirigen al futuro, también lo iluminan y que entonces el hombre puede ver ese futuro, esa posibilidad. Sumado a esta idea de que las posibilidades se tienen, el temor a la muerte del hombre es el temor a la pérdida de esas posibilidades que ya consideraba que tenía. Entonces los seres humanos -bueno, eso pensamos nosotros- tenemos la sensación de que la muerte nos arrebatara más que a los animales que viven en el día a día, porque nos quita esa posibilidad que ya la considerábamos propia. Nuestras flechas encendidas también iluminan la posibilidad de la muerte, y eso nos hace ser animales temerosos, pusilánimes y desvalidos. Y fíjense que, gracias a esta posibilidad de pensar en que algún día nos vamos a morir, esto hace que nos reencontremos con el mismo desvalimiento que tuvimos de chicos, es decir, en este pensamiento se termina reflejando este pasado de debilidad y entonces nos sentimos débiles frente a una vida que se va a terminar y que no podemos hacer nada para cambiarlo. Obviamente que de estas capacidades para representar dependen muchas de las mejores características de nuestra especie: la capacidad de recordar del pasado, aprender de la experiencia, la posibilidad de articular estas representaciones en pensamientos, la capacidad de idear e imaginar lo que habremos de materializar, ser capaces de fantasear y jugar, podemos desear más y mejor, nuestra vida se llena de posibilidades nuevas que hace que vivir tenga mucho más valor. Pero también es fuente de mucho sufrimiento. Nos llenamos de temor, miedo a la muerte, miedo a no poder satisfacer todo lo que imaginamos. Y llenar nuestra vida de deseos es también llenarla de insatisfacción. Porque si un deseo, cuando se satisface, desaparece, cuando el

deseo está presente, es un deseo insatisfecho. La expresión “deseo insatisfecho” sería redundante, o debería serlo. Es decir, llenarnos de deseos también es llenarnos de cosas que nos faltan, de insatisfacción. Esto es en relación, creo yo, a esta capacidad de representar.

Hablemos un poco más de la representación. Freud consideraba que un aparato anímico, para poder cumplir su función de percibir la realidad y buscar en la realidad lo que se necesita para satisfacer las necesidades -después vamos a hablar también de la necesidad-, tenía que tener por lo menos dos partes distintas. Una parte que esté abierta y fresca a recibir los estímulos de la realidad, es decir, de la percepción, y otra que sea capaz de guardar un registro de eso que se percibió, es decir, la memoria. Ilustraba esto con la pizarra mágica que es ese juguete de los chicos que tiene una superficie de celofán en la que uno escribe y abajo queda grabado en un carbónico y, cuando uno levanta la superficie, se borra. Entonces tenía que haber una superficie que estuviera siempre abierta a la percepción, fresca, y una que conservara registro. Bueno, hoy no pensamos que la percepción quede tan fresca y pensamos que las cosas que percibimos condicionan las que habremos de percibir. Es decir que, para percibir, también es necesario también recordar. Igual, la idea básica que plantea Freud es entendible. En el *Proyecto de psicología para neurólogos* repite esta misma idea, considera que el aparato anímico tiene dos tipos de células, dos tipos de neuronas. Unas, que se encargan de la percepción y que él las llama con la letra griega “fi” de físico, fíjense qué concepción. Estas neuronas serían pasaderas con respecto a la excitación, es decir, la excitación pasa a través de ellas sin modificarlas. La otra población neuronal, que son las de memoria, él las llama “psi”, con la letra griega “psi”, de psíquico, y son justamente las que guardan... la energía al pasar deja huella. Esta huella es la huella mnémica. “Mnémica” viene de memoria, como la regla mnemotécnica. Fíjense que, para Freud, en esta concepción, él está diciendo que lo más representativo de lo psíquico es la representación, por eso a estas neuronas que guardan la memoria las llama “psíquicas”. Él dibuja el aparato anímico con un polo perceptual y el resto son todas series de huellas mnémicas. Obviamente, cuando uno invierte con energía estas huellas mnémicas, es decir, estas antiguas percepciones, al invertir las nuevamente, estas representaciones llegan a la consciencia como recuerdos. En esta concepción del aparato psíquico que tiene percepción y memoria, fíjense que no se habla de la sensación, Freud no está considerando lo psíquico como la sensación. Y entonces esta investidura de las huellas mnémicas llega a la consciencia como recuerdo, pero resulta que la definición de deseo es igual: la investidura de una experiencia de satisfacción es un deseo. O sea, que, en este modelo tan simple, justamente por no haber sensación, no podemos diferenciar recuerdos de deseos, lo cual es un inconveniente grande y esto tiene que ver con que los deseos son sensaciones. Un dato al pasar, si la investidura con que se invierte la representación es muy intensa, la representación llega a la consciencia, pero se confunde con una percepción, es decir, es el fenómeno de la alucinación. Cuando un sujeto está en un estado de tanta necesidad o deseo que lo que recuerda o lo que desea, cree que lo está percibiendo. Sobre esto vamos a volver también. Uno podría pensar, sobre todo en este aparato anímico de percepción y memoria, que la función de la memoria es la de preservar el

pasado, es decir que la memoria es una copia fiel de lo que se percibió. Sin embargo, no es así, los recuerdos son muy poco fiables. Esto también lo descubrió Freud más tarde, con los recuerdos encubridores, y llegó a decir que, en definitiva, todo recuerdo es un recuerdo encubridor. Y nosotros hemos aprendido que nuestros recuerdos son bastante más subjetivos que objetivos. Todos pensamos que recordamos muy bien, por ejemplo, el día que nos enteramos del atentado a las Torres Gemelas. Los que son un poco más grandes que nosotros se acuerdan de la muerte de Kennedy, y se acuerdan qué estaban haciendo ese día, por ejemplo. Pero cuando se constatan estos recuerdos, muchas veces son fallidos. Hoy en día, las neurociencias, que han estudiado este tema, consideran que la memoria, su mayor efectividad, es para recordar emociones, ubicaciones e historias. Es mucho más fácil recordar una historia que recordar una secuencia de números. Hay personas que entrenan la memoria y hacen competencias, hay un documental de esto que lo vi hace poco, que es maravilloso, pueden recordar secuencias de números de tres cifras, secuencias larguísimas, como de 500 o 1000 números, y los recuerdan perfectamente. Y ellos cuentan que sus estrategias, por ejemplo, consisten en tomar, suponte, un número de tres cifras, 588, fíjense que es mucho más fácil recordar una palabra que un número. El 588 lo transforman en SBB, entonces se imaginan una serpiente junto a un bebé. Y entonces enlazan un recuerdo con una emoción. Después se imaginan un lugar que conocen, porque esto de la memoria de la ubicación tiene que ver con el recorrido. Entonces por ejemplo se imaginan que entran en una casa muy grande -se llama "el palacio de la memoria" este efecto- y entonces en el zaguán hay un bebé con una serpiente, o una serpiente con un bebé, y después hay un viejo comiendo caracoles, y después hay otra cosa, y otra cosa, y en cada habitación, y entonces, gracias a esto, logran poder recordar estos datos. Lo cual nos muestra que, si para recordar algo tenemos que vincularlo a una emoción o tenemos que ponerlo en una secuencia temporal, como "el palacio de la memoria", o tenemos que convertirlo en una historia, es que nuestra memoria está hecha para captar esto: la emoción, la historia, el tiempo, la secuencia temporal. Es decir, lo que la memoria pretende archivar es el sentido. El sentido, en su origen, es lo que en su momento hemos sentido, es la forma abstracta del significado. De estas estructuras que para Freud definían lo psíquico, las representaciones, fíjense que, en realidad, más que representaciones son significados, o la significancia del significado, es decir, el sentido, para abreviar. Lo que buscamos conservar del pasado *no es lo que percibimos*, en eso nuestra memoria no es fiable, y eso para nosotros no tiene importancia. Lo que sí tiene importancia conservar es lo que sentimos con eso que percibimos. Representar, es decir, volver a hacer presente, volver a hacer percepción en la consciencia un objeto percibido, tiene el fin de evocar la experiencia emocional vivida con ese objeto en el pasado. La importancia del objeto recordado sólo puede determinarse en términos afectivos, es decir, subjetivos. Recordar es resentir una sensación y esa sensación que recordamos puede categorizarse o como afecto, o como deseo, dependiendo del ánimo del que recuerda. Por ejemplo, si un sujeto enfatiza la sensación, va a decir que tiene hambre; si va a enfatizar el deseo, la actividad, va a decir que tiene ganas de comer; el hambre y las ganas de comer, afecto y deseo. Por ejemplo, yo puedo decir "te extraño" o "tengo ganas de verte". En una frase enfatizo más lo que me pasa y en otra lo que tengo ganas de hacer o lo que espero que vos hagas. Digo "tengo ganas de verte" para que el que

venga seas vos. El Diccionario de la Real Academia define al deseo como un movimiento afectivo hacia algo que se apetece. Medio redundante, pero lo traigo por el tema del movimiento afectivo. Es decir, que el deseo es un afecto. Esto es bastante evidente si pensamos que, para el psicoanálisis, el deseo es la investidura de una experiencia de satisfacción. Y si la experiencia en lugar de ser de satisfacción es de insatisfacción, lo que llamamos deseo, lo llamamos temor; y el temor indudablemente es un afecto, entonces también el deseo es un afecto. El problema es que la teoría psicoanalítica no tiene lugar para los afectos inconscientes. Pero es contradictorio que sí tenga lugar para los deseos inconscientes, si deseos y afectos, ambos, son sensaciones.

Veamos la relación entre el deseo, la necesidad y el placer. Las primeras teorizaciones de Freud, las más antiguas, provienen de una concepción materialista, también muy antigua, aunque sigue vigente en la mayoría de los consensos científicos, por ahí no tanto en Freud, que más adelante hizo otras concepciones. Pero la idea, básicamente... y cuando se las diga ustedes la van a reconocer, que está en el fondo de nuestra manera de pensar, la idea es la siguiente. El cuerpo, para sobrevivir, tiene necesidades específicas, necesidades materiales. Y, para lograr satisfacer esas necesidades, necesita de un aparato anímico, es decir, de una consciencia que perciba la realidad y ejecute las acciones necesarias para satisfacer estas necesidades. Aquí viene lo interesante. La idea es que, para lograr que el aparato anímico haga lo que el cuerpo necesita, aparece el placer como una recompensa. Por ejemplo -y esto dicen todavía hoy las neurociencias-, nosotros creemos que queremos comer un helado, pero *en realidad* es nuestro cerebro que quiere glucosa. Y así pensaba Freud, por ejemplo, la sexualidad. Él hablaba de que el sujeto tiene unas pulsiones de autoconservación, pero también están las pulsiones sexuales que obedecen a las necesidades de la especie. Entonces el sujeto se ocupa de sí mismo, y cada tanto -una vez por semana, cada uno verá- tiene que ocuparse de que la especie satisfaga esta necesidad y la recompensa de ocuparse de esas cosas es el orgasmo. De hecho, por ejemplo, Freud consideraba en las primeras consideraciones que las pulsiones eran somáticas y que solamente era psíquica la representación de esa pulsión, que era un representante en el ámbito de lo psíquico de lo que ocurría en lo somático. Es decir, la idea es que la finalidad es la supervivencia y el placer es un medio para esa supervivencia. A mí esta idea me parece una idea muy... miope, por decirlo. En principio hay dos objeciones. La primera es que me parece medio neurótica o medio infantil: el aparato anímico es como un chico malcriado y maleducado que, para hacer lo que le conviene, necesita ser sobornado con golosinas. Pero la segunda, que es la más interesante y que es la que verdaderamente permite calificarlo de miope, es que el cuerpo que quiere sobrevivir ya es un sujeto que quiere. Es decir, que, sea el cuerpo, sea la evolución, sea la naturaleza, este deseo de supervivencia es importante en la medida en que le importa a una consciencia, es decir, a un sujeto. ¿Por qué el cuerpo quiere sobrevivir? ¿Qué le importa? ¿Por qué queremos comer si igual vamos a volver a tener hambre? Esta función del aparato anímico ya la teníamos antes, en esta importancia de la supervivencia. Entonces a mí me parece que es mucho más importante invertir los términos que habíamos dicho. En lugar de que la supervivencia sea el objetivo y el placer sea el medio, decir: el placer es el fin y la supervivencia es el medio. Queremos sobrevivir,

comemos para sobrevivir, porque queremos estar vivos porque la vida nos ofrece la posibilidad de tener placer. De esta manera, acá el cuerpo no es un cuerpo solamente material, es un cuerpo animado. ¿Se entiende bien la diferencia? Entonces, invirtiendo esta premisa, decimos que queremos sobrevivir porque estar con vida nos ofrece la posibilidad de experimentar placer, es decir, satisfacer esa insatisfacción que llamamos deseo. La vida es movimiento, nos movemos hacia la satisfacción, el placer. Lo que equivale a decir que la vida es un estado de insatisfacción, de displacer o deseo, que necesita resolverse. ¿Y qué necesitamos para querer seguir viviendo? Bueno, necesitamos que la posibilidad de tener placer exista, es decir, que haya esperanza. Cuando perdemos las esperanzas, como se ve muy a menudo, el sujeto se sienta a morir. Como sucedió por ejemplo en el atentado de las Torres Gemelas, que había gente que bajaba las escaleras y había otros que se sentaban ahí, ya no luchaban más. O como sucede con la gente que pretende escalar el Himalaya. Cuando uno pierde completamente las esperanzas ya no tiene motivo de vivir. Y las esperanzas son la esperanza de sobrevivir, y de sobrevivir porque la vida nos ofrece la posibilidad de sentir placer. Para el diccionario la esperanza es el estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea. Es decir que la esperanza es lo que hace que la espera de la satisfacción resulte tolerable. ¿Y de qué depende tener esperanzas? Bueno, podemos pensar dos escenarios. El primero es que nos sintamos bastante fuertes y capaces de enfrentar las dificultades y superarlas para lograr la satisfacción. Como sostuve en otra oportunidad, esa sensación de capacidad, de potencia, de fortaleza, es el sentimiento de autoestima: voy a poder, no me voy a desesperar, no me van a vencer. Esta esta es la fuente de la esperanza, o una fuente de la esperanza. Hay otra fuente de la esperanza, que es la siguiente. Si en lugar de fuertes, nos sentimos débiles, incapaces de hacer lo necesario para superar las dificultades, todavía podemos tener esperanzas de que alguien venga a nuestro auxilio. Hay un ejemplo, obviamente innecesario y cruel, con una rata de laboratorio, no conozco tanto los detalles, más bien la conclusión, pero son fáciles de imaginar y además me parece totalmente innecesario matar una rata para sacar una conclusión tan tonta. Ponen una rata en un balde con agua, la rata da unas cuantas vueltas tratando de salir y, cuando se convence de que no hay manera de salir, se deja morir, o sea se agota, se ahoga y se muere. Imaginemos que esto, para hacerlo científico, probamos varias ratas y vemos cuánto es el tiempo promedio que duran y supongamos que duran entre 15 y 20 minutos. Entonces agarran una rata, la vuelven a poner, y a los ocho minutos la sacan, le ponen una escalerita y entonces la rata puede salir. La dejan descansar, recuperar las energías, vuelven a meter esa ratita que había sido salvada y ahora la rata aguanta como dos horas. Como ven, era innecesario. Entonces, podemos tener la esperanza de que alguien haga por nosotros lo que nosotros no podemos, de que alguien nos venga a salvar. En este sentido, pensamos que esta espera es una espera que tienen una ilusión y en este sentido es que la vida es ilusión y que la ilusión es lo último que se pierde. Obviamente que, como la rata de laboratorio, nosotros somos mamíferos y tenemos el recuerdo de este largo período en el que hemos sido asistidos en nuestras necesidades. Y todos tenemos esa forma de esperanza, de ilusión mágica. Yo creo que, si me tocara estar en un bombardeo en donde nada de lo que yo haga me puede asegurar la supervivencia -estoy en un lugar que están bombardeando y da lo

mismo que me meta abajo de la mesa, abajo de la puerta, que corra, que corra hacia adelante, hacia atrás, hacia la derecha o hacia la izquierda, todo depende de dónde caiga la próxima bomba-, seguramente lo que haría sería rezar y tratar de negociar y decir que me voy a portar bien. Es decir, en este sentido tenemos esta disposición a la religiosidad. En las situaciones de desvalimiento, las esperanzas se colocan en ser asistido por alguien que pueda lo que nosotros no podemos. Y esta es la forma de inmadurez que llamo "neurosis". Pero lo interesante es que, si tenemos estas dos formas de tener esperanza, una en la medida en que nos sentimos fuertes y otra en la medida en que nos sentimos débiles, también podemos considerar que en todos los deseos hay dos formas de satisfacción, como figura y fondo. Tomemos un ejemplo, el deseo de comer, por ejemplo. La primera forma de satisfacción, que sería la figura, es la satisfacción más puntual, más específica, si tengo hambre, el deseo es la comida y la satisfacción proviene del comer. Pero entonces habría también un aspecto más general, más de fondo. Y cuando tengo un deseo, por ejemplo, el hambre, si tengo hambre, significa que no estoy logrando la satisfacción, que no estoy pudiendo, es decir, no soy lo bastante capaz para ya haberlo resuelto. Si tengo hambre, es que no he podido resolver y me siento débil. Si yo puedo resolver la dificultad y satisfacer este deseo, por ejemplo, de comer, al mismo tiempo tengo dos tipos de satisfacciones: por un lado, el haber apagado el hambre, pero, por otro lado, el haber cambiado esta sensación de debilidad por una sensación de fortaleza. A esta segunda parte es lo que llamo "sentimiento de autoestima": soy lo bastante fuerte como para tolerar el hambre y lo bastante capaz como para conseguirme mi propia comida, el infortunio no me venció. En cambio, cuando la satisfacción del deseo ocurre gracias a la asistencia ajena y no depende de las acciones directas del propio sujeto, sucede que sólo se satisface el primer aspecto del deseo, el específico; pero el otro permanece insatisfecho. Ya no tengo hambre, he sido salvado, alguien me estima lo suficiente, he podido tolerar la espera hasta que llegó la salvación. ¿Pero cuánto más habría podido esperar? Nunca lo sabré con certeza. ¿Qué habría pasado si el auxilio no llegaba? Tampoco lo voy a saber. Satisface el hambre, pero no la vivencia de debilidad, de desvalimiento. Puedo ser valioso para alguien, pero no puedo valerme por mí mismo, dependo perentoriamente para sobrevivir. Fíjense que en el psicoanálisis esto a mí me parece que es un malentendido trascendental, nosotros decimos que el bebé se encuentra en un estado de desvalimiento y que la madre lo asiste y resuelve el estado de desvalimiento. No. La madre resuelve el hambre, el estado de desvalimiento no lo resuelve, en todo caso lo mantiene o lo empeora. Por esto creo que, si la vida son estos deseos que no están satisfechos y, al no estar satisfechos, significa que no estamos pudiendo, si la vida es debilidad, si la vida es falta, el fin de la vida, es decir, lo que en el fondo -en ese fondo, que no es la figura- todos buscamos todo el tiempo, eso que está implícito en el deseo de vivir y en cada uno de los deseos, es la fortaleza, la potencia, la autoestima. Es muy bueno saber que, si necesitamos, podemos contar con alguien que nos ayude. Pero es mejor, y más seguro, saber que no las podemos arreglar solos. Creo que esa es la tranquilidad que estamos buscando: la potencia, el poder. Jesús, en Mateo 44, decía: "No solo de pan vive el hombre". Quizás se refería a esto mismo, la verdad no lo sé. Satisfechas las necesidades materiales, aún falta la parte espiritual. Y el alimento espiritual será aquello que fortalece el espíritu. Y un espíritu fuerte es aquel que resiste y perdura frente a la dificultad. Sabernos

fuertes de espíritu significa que no habremos de desesperar -desesperar y esperanza, ¿no?-. No habremos de desesperar y perder las esperanzas frente a las dificultades de la vida, frente al normal infortunio de la vida.

Y Freud diferenciaba dos formas de buscar placer. El primer principio del placer que él describe es el que sucede en el estado de debilidad. Cuando el sujeto se ve superado por la frustración, está desesperado, a punto de perder las esperanzas e inviste las representaciones con tanta intensidad que, en lugar de recordar, alucina. Como es obvio, este método no produce placer, sino que produce más frustración. Pero Freud -a mi juicio, cuestionablemente- lo llamó "principio de placer". El principio de placer es esta forma alucinatoria de satisfacer las cosas que nos depara más frustración. El segundo se da en situaciones de mayor fortaleza, en las cuales, a pesar de la frustración, el sujeto consigue moderarse en la investidura de las representaciones y entonces mantiene las representaciones como lo que son: recuerdos que orientan la búsqueda en la realidad para la satisfacción del deseo. Este método es más eficaz en la obtención del placer y Freud lo llamó "principio de realidad", no de placer. Por ejemplo, implica tolerar la frustración, incluso implica ser capaz de investir representaciones displacenteras, porque esa es la única manera de evitarlas. Entonces, un aparato que funciona solamente para lo que es placer no puede funcionar, porque es necesario poder investir cosas displacenteras para después poder evitarlas. Yo creo que sería mejor llamarlos distinto. De estos equívocos y de las consecuencias de estos equívocos me ocupé en otros trabajos y no me voy a detener ahora. Pero yo creo que sería mejor, por ejemplo, llamar el "principio de placer del niño", por la debilidad, y el "principio de placer del adulto", del adulto maduro. La diferencia no está en la edad, sino más bien en la eficacia. Y la eficacia depende de la tolerancia del displacer, es decir, de la capacidad de espera, que es fortaleza y potencia. Esta capacidad de espera no solo es importante para diferenciar el placer real del placer alucinado. Fijense que hay algo que es mucho más importante: es esta capacidad de espera la que nos permite renunciar a un placer que es real pero inmediato, en favor de un placer que también es real pero mediato. Es decir, nos permite tener placeres de meta más a largo plazo. Por ejemplo, un náufrago que está muy sediento se ve tentado de tomar agua salada y, si lo hace, empeora muchísimo su situación, a pesar de que tomar agua salada cuando uno está muy sediento al principio es placentero. Y para abstenerse de esta situación de tomar agua salada hay que tener esta capacidad de espera, teniendo el agua ahí, todo el océano ahí y uno no lo puede tomar. Lo mismo ocurre con la orina, ¿no? Bueno, para esto han sacrificado a otra rata, innecesariamente e inmoralmemente también. Le colocaron un electrodo en el centro del placer y entonces la anécdota es que la ratita tocaba esto, obtenía placer y no hacía otra cosa y se muere de hambre, de sed. Tal vez no era una muerte displacentera. Pero para esto estaba el cuento de los tres chanchitos y el lobo. El chanchito fiaca que hace la casa de paja, el otro un poco más trabajador que la hace de madera y el otro más laborioso que la hace de material. Pero esta capacidad de espera, que nos permite alcanzar placeres mediatos, es fundamental. Aquel que no puede esperar sólo alcanza placeres inmediatos y efímeros. Como, por ejemplo, el drogadicto, el sujeto que no puede completar los estudios, el sujeto que tiene que comprar todo a cuotas porque nunca llega a reunir el dinero. El placer que proviene de las metas a

largo plazo se relaciona de manera directa con la capacidad de representar que caracteriza nuestra vida en tanto seres humanos. Al ser capaces de ver más lejos, inevitablemente también deseamos eso que vemos y entonces queremos llegar más lejos. Y, como es lógico, para satisfacer esos deseos tenemos que poder esperar más tiempo. Entonces, esta capacidad de espera que nos permite los placeres mediatos es fundamental para lograr las satisfacciones que buscamos, porque las buscamos más lejos por esta capacidad de representar. Fíjense, en tanto los deseos son la recarga de una huella mnémica, es decir una representación, como ya dijimos, podemos preguntarnos de qué manera esta nueva capacidad perceptiva del hombre pudo afectar a sus deseos. Algo de esto ya dijimos, vivir en el pasado o en el futuro, en lugar de en el presente, desear más lejos, tener más posibilidades, desear el pasado, es decir, soñar imposibles.

Pero falta decir algo más. ¿Qué es lo que busca el deseo? Si consideramos que el deseo, como ya venimos diciendo, es básicamente un afecto, una sensación, y que lo que define a lo psíquico es el sentido, comprendemos que la vida anímica consiste en un estado de insatisfacción que busca resolverse. Vistas las cosas así, comprendemos que todo deseo persigue una satisfacción, es decir, una sensación placentera. Esto es bastante obvio. Y esto debería ser suficiente; cuando tenemos un deseo, tener una satisfacción debería bastar. Sin embargo, no es así. La idea de que lo psíquico es la representación es una idea que tiene mucha fuerza. Yo creo que se trata de otro malentendido trágico, pero los seres humanos somos así. Desde este punto de vista, también tenemos la sensación de que lo que el deseo busca es la representación. Si pensamos en la sensación, lo que el deseo busca es la satisfacción; si pensamos en la representación, lo que deseamos es la representación. Entonces, una cosa es que yo considere que la representación, por ejemplo, de mi primer objeto erótico -mi madre-, es lo que me orienta en la búsqueda de una mujer y esto es lo que me permite una satisfacción; pero otra cosa es pensar que yo quiero a mi madre y entonces la satisfacción con esta mujer ya me empieza a parecer poco. Dado que la representación pertenece al pasado, es imposible reencontrarla. Como dice siempre Chiozza, no se puede ir a París dos veces por primera vez. Ni nosotros somos los mismos, ni tampoco lo es el objeto del deseo. Para Freud reencontrar la percepción era solamente posible en la alucinación y llamaba a esto "identidad de percepción". Y decía que, en cambio, el deseo se satisface cuando se puede establecer una "identidad de pensamiento", que también tienen que ver con la capacidad de representar. Es decir, uno comparaba el objeto que se hallaba presente con el objeto del recuerdo y, cuando la identidad era suficiente, uno daba paso a la acción y satisfacía el deseo. Sin embargo, consideraba que, cuando se establecía la identidad de pensamiento y se obtenía la satisfacción del deseo, siempre quedaba un remanente, una insatisfacción que proviene justamente de esa diferencia. Y entonces el deseo no podía ser plenamente satisfecho, porque la representación del recuerdo no era la representación de la realidad. ¿Ven que acá estamos diciendo que lo que el deseo desea es la representación y no la satisfacción? ¿Se entiende esta diferencia? ¿Sí? No. Veo caras... (risas). Si yo digo que lo que busca el deseo es la satisfacción, entonces con la satisfacción basta. Pero si el deseo proviene de haber investido una representación, yo también puedo pensar -a mi juicio, equívocamente- que lo que el deseo busca

es eso que está representado, busca lo que fue. Entonces, por más que el deseo se satisfaga, me va a parecer poco. Y me parece que esta cuestión es sumamente importante. Es como si se hiciera una especie de ecuación simbólica, donde deseo la representación y no deseo la satisfacción. Entonces, Freud consideraba que, cuando el deseo se satisface, *dada la diferencia entre la representación que se buscaba y la que se encuentra*, hay un remanente de insatisfacción. A mí esto me parece que es un poco pesimista. ¿Estamos condenados a un cierto grado de insatisfacción que nos impide ser completamente dichosos? ¿Qué piensan ustedes? ¿Somos inevitablemente así? ¿Estamos condenados a la insatisfacción o es algo en lo que nos falta madurar? ¿A esto se refiere la diferencia entre el sufrimiento neurótico y el normal infortunio de la vida? Como sea, una cosa es cierta, esta inmensa capacidad para representar afecta nuestros deseos, los modifica para siempre. Y no solamente en esto, fíjense otra cosa también muy interesante en la que los deseos se modifican. Gracias a esta capacidad de representar logramos que los deseos, hasta cierto punto, se independicen de las fuentes somáticas, de las zonas erógenas. Por ejemplo, no tenemos alas y queremos volar. El sujeto que perdió las piernas desea volver a correr. Sobre esto hablé mucho en la conferencia del sexualismo con la “promesa fálica”, no puedo hacer todo un resumen de todo ese desarrollo, pero hace que un sujeto adulto, que tiene un pene funcional que le permite tener relaciones sexuales y tener orgasmo, no termina de estar satisfecho porque recuerda lo que deseaba cuando era chico, que era un falo enorme, invencible, totalmente poderoso. Y entonces, pudiendo tener la satisfacción, no obstante, está insatisfecho por algo que imagina o que imaginó, por aquellos viejos deseos. ¿Y de dónde provienen estos deseos, si no es de la capacidad de representar? El problema es que estos deseos que nacen de ilusiones, de recuerdos, de representaciones y que no están tan identificados con una fuente pulsional, no son fáciles de satisfacer, independientemente de la representación. O, mejor dicho, no sabemos reconocer bien su satisfacción. Como el sujeto que dice que quiere encontrar algo que le guste, tan frecuente en nuestros días: “Yo quiero encontrar algo que me guste”, y no tiene ni siquiera una idea de qué es. El temor es lo contrario que el deseo. Pero mientras que el deseo sirve para guiar una vida, para orientar la acción, el temor no es suficiente. No es lo mismo saber lo que se quiere, que saber lo que no se quiere. Yo no puedo decidir mis vacaciones con la sola premisa de que no quiero ir a Mar del Plata. No es lo mismo huir de algo que perseguir algo. Y el que no sabe a dónde va nunca encuentra vientos favorables. Por eso no es lo mismo hacer lo que a uno le gusta, que que uno logre que le guste lo que hace. Y no es nada raro que se dé la situación en que alguien no encuentra nada que le guste, buscando la satisfacción desde una representación equivocada, y termina no pudiendo reconocer tampoco las verdaderas satisfacciones que obtiene. Como en otro ejemplo que siempre cito, que es el sujeto de vacaciones. El sujeto que se aburre en las vacaciones y se pone a trabajar y, en lugar de descubrir que el trabajo le gusta más que las vacaciones, piensa que está envejecido de trabajo y no puede disfrutar las vacaciones y que necesita más vacaciones. Hace una mala lectura de lo que siente.

En fin, ahora vamos a tener ocasión de conversar de estas cosas. No cabe dudas de que esta capacidad de representar, por todas estas cosas que dije,

es fuente de mucho sufrimiento, pero tampoco se puede dudar de que es una de nuestras características más valiosas como especie. Así somos los seres humanos.

Muchas gracias.